

# LA CRITICA HISTORICA: ¿EJECUCION, PERDON O COMPRENSION?

GERVASIO LUIS GARCIA

*Esta descripción de los fondos documentales... en el momento de  
para algunas fuentes primarias. Debemos recordar, no obs-  
tante, que dicha Guía incluye su existencia en el Centro hasta noviembre  
de 1982. Por ser fondos que se nutren constantemente, el investigador  
deberá mantenerse atento a las futuras incorporaciones.*

*Al igual que el Centro de Investigaciones Históricas aspira a ser un  
centro, cada uno es responsable de las futuras entidades en sus artículos.*

María de los Angeles Castro Arroyo  
Directora  
Centro de Investigaciones Históricas

# LA CRÍTICA HISTÓRICA: ¿EJECUCIÓN, PERDON O COMPRENSIÓN?

GERVASIO LUIS GARCIA

---

*GERVASIO LUIS GARCIA RODRIGUEZ es Catedrático Asociado en el Departamento de Historia del Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico. En 1976 obtuvo su Doctorado en Historia en la Universidad de París. Entre sus publicaciones sobresalen Desafío y solidaridad. Breve historia del movimiento obrero puertorriqueño. (Río Piedras: Ediciones Huracán, 1982, en colaboración con Angel G. Quintero Rivera) y la reseña "Libertad y servidumbre en el Puerto Rico del siglo XIX: un libro pionero", Sin Nombre, Vol. X, Núm. 4 (enero-marzo 1980).*

*El anatómico no obedece, ante la mesa de disección, al torpe propósito de insultar el cadáver que analiza. Desmenuzará con el escarpelo la materia, arrollará con indagadora mirada el velo de impenetrables secretos, acumulará datos, sorprenderá vicios, acusará descarnadamente sus efectos, pero en el fondo de aquella conducta, como móvil supremo, sólo podrá encontrarse el culto a la Ciencia, el amor a la Humanidad.*

—Salvador Brau

Así define Brau la función del historiador que —como el científico— no se limita a describir sino a descubrir y señalar sin contemplaciones el origen de los males en aras del bienestar humano. Las palabras preceden su ensayo sobre "Las clases jornaleras de Puerto Rico" (1882)<sup>1</sup> y son una advertencia a aquéllos que puedan encontrar en su trabajo juicios poco halagadores o afirmaciones hirientes. Es obvio que ayer, como hoy, muchos eran hipersensibles a las opiniones críticas del conocimiento y la realidad prevaletentes. A cien años de distancia es igualmente evidente que la función crítica de los historiadores puertorriqueños tiene una larga y honda tradición.

Sin embargo, en nuestro medio intelectual la crítica es antipática y no se practica asiduamente, tal vez porque criticar se confunde con criticuizar o porque se teme que los críticos de hoy serán los criticados de mañana. Esto obedece —en la mayor parte de los casos— a que la

---

<sup>1</sup> Salvador Brau, *Disquisiciones sociológicas y otros ensayos*, Universidad de Puerto Rico: Ediciones del Instituto de Literatura, 1956, pp. 123-188.

crítica se ejerce en un plano personal, moral, donde sobresalen las condenas insultantes y absolutas o las loas delirantes y serviles. Por ese rumbo criticar parece faena de matarifes o de acólitos. Mas si la crítica se concibe como el honesto contraste de conocimientos dispares encaminados a la superación de lo existente (información, teorías, estructuras sociales, etc.) entonces es la tarea primordial e irrenunciable, la más noble e importante de los intelectuales.

Ahora bien, el historiador empeñado en sumar nuevas perspectivas es un fenómeno social. No es un ser pasterizado que opina en una cámara al vacío sino un individuo que nace en un mundo hecho por otros —independientemente de su voluntad— y se forma en el seno de clases y grupos con intereses reales y contradictorios, cuyos móviles primarios no son siempre evidentes. Dado el desarrollo desigual de las sociedades humanas es legítimo esperar que los historiadores de distintas generaciones, ideologías y temperamentos no compartan una visión homogénea del pasado y el futuro. La ausencia de unanimidad es inherente a la historia y al resto de las disciplinas humanas. Lamentablemente las discrepancias son vistas, aún en nuestros días, como anomalías y no como signos vitales de un oficio en transformación incesante.

Esto no significa que todas las opiniones son válidas y "respetables". Algunos juicios históricos son superiores a otros en el momento en que se ofrecen porque expresan la visión más avanzada que permite el conocimiento disponible. Así, aun cuando no compartimos —como verán adelante— todas las ideas de Brau sobre los jornaleros puertorriqueños, éste se acercó más a su existencia verdadera que sus contemporáneos Federico Asenjo y Francisco del Valle Atilés. Por otra parte, desde nuestra perspectiva —después de ver cuajados unos procesos históricos apenas perceptibles hace un siglo— podemos detectar los resortes sociales más sutiles pasados por alto por Brau y otros historiadores. Es decir, el análisis de un problema histórico, válido en su momento, está casi sentenciado a ser superado o por lo menos refinado y enriquecido por ulteriores conocimientos.

Este juicio no depende de nuestro sentir particular y arbitrario sino de unos criterios aplicables a todas las interpretaciones históricas, tales como la solidez de la evidencia, la integración lógica de las fuentes y la profundidad y pertinencia del análisis. Estos criterios ayudan a reconocer las aportaciones de los historiadores y a la vez hacen posible su superación, algo que cumplió Brau parcialmente y que nos permite ir más lejos que él. Podemos reclamar una ventaja sobre Brau pero ésta no es caprichosa porque descansa sobre los mismos prin-

cipios que nos permiten reconocer sus aportaciones.

De la misma manera, la obra histórica meritoria tiene que estar en la onda del conocimiento acumulado. Por ejemplo, no hay que ser marxista para atribuirle importancia a los procesos socioeconómicos, como demuestran los trabajos de Fernando Picó. Es decir, hay un acervo intelectual reunido por la humanidad —que no es exclusivo de nuestro gremio— que la obra debe expresar y con el que debe compaginar.

Por otra parte, sí sería aberrante y anacrónico ver, por ejemplo, el siglo pasado a través del mismo vidrio de aumento decimonónico de Salvador Brau. Pero si su óptica no percibe todos los innumerables matices de la época —que algunos historiadores contemporáneos pretenden captar— ello no implica, ni por asomo, que su obra es desdeñable y prescindible. La crítica de los trabajos de Brau, como de cualquier otro historiador, exige enfocar algunos aspectos esenciales, tales como el propósito, las intenciones —conscientes o inconscientes— del autor; la coherencia de las explicaciones y la correspondencia entre las conclusiones y la evidencia. Este no es el inventario completo de los postulados de la crítica histórica sino un elemental punto de arranque.

### *Las empedradas buenas intenciones*

El mencionado estudio de Brau sobre las condiciones de vida del campesino puertorriqueño invita a la aplicación de las anteriores premisas de su percepción histórica. Al reflexionar sobre el estado material y espiritual de los jornaleros puertorriqueños Brau busca vehementemente “el progreso general de la tierra bendita”, animado por “el sentimiento distributivo de la justicia, basado en la más perfecta equidad”.<sup>2</sup> Tras invocar el altruismo de su propósito Brau llega a los orígenes más remotos de nuestra sociedad para encontrar la procedencia de los “vicios” y las “virtudes” del puertorriqueño. A diferencia de los sociólogos vulgares, el caborrojeño descubre el pasado presente y demuestra que los pecados capitales atribuidos al campesino criollo —el concubinato, el juego y la vagancia— hunden sus raíces en la larga historia colonial y no en la vulnerable moral del pueblo. Con profundas y saludables incisiones —de refrescante pertinencia actual— Brau establece correlaciones entre el concubinato y la dispersión y el aisla-

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 188.

miento geográficos; la esclavitud (tan desalentadora del matrimonio), la ignorancia de la mujer campesina y los deberes olvidados de una parte del clero.<sup>3</sup>

Igualmente, le choca que tilden a los jornaleros de jugadores empedernidos en momentos en que el juego permea toda la sociedad: desde las fiestas patronales —“conjunto de liturgia cristiana y saturnal gentilica”— hasta el mismo Estado que legaliza la Lotería y reglamenta la “instrucción” de los jugadores de gallos “...40 años antes que la instrucción de los pobres jornaleros campesinos...”<sup>4</sup> En esta onda defiende al trabajador agrícola de la acusación de vago y riposta que ante el avance arrollador del azúcar, el campesino probó que “bajo aquella organización débil y enfermiza al parecer, tras de aquella apariencia anémica y deslavazada, se escondía un vigor capaz de competir con el de los rudos y resistentes hijos de la Costa de Oro.”<sup>5</sup>

*El historiador, antes de ponerse a escribir historia, es producto de la historia.*

—E. H. Carr

Pero en esta admirable y sólida denuncia de las miserables condiciones de vida de las clases jornaleras, Brau confunde —inconsciente y sinceramente— el “progreso general de la tierra bendita” con el de los hacendados criollos. Al elogiar los esfuerzos de un grupo de propietarios ilustres empeñados en detectar el origen de los males que aquejan la economía del país, el mismo Brau señala complacido que “... al abogar por los intereses generales de la Isla, son sus propios intereses los que defienden”.<sup>6</sup> En realidad, “Las clases jornaleras de Puerto Rico” no es un manifiesto dirigido a los trabajadores agrícolas, cuya gran mayoría no sabía leer, sino un sirenado de alerta a los hacendados sobre la necesidad de aumentar la productividad y la disciplina de trabajo de los jornaleros. De paso no pierde la oportunidad de darle un sablazo al Gobierno por su mediocridad e incapacidad de crear las condiciones que propicien la modernización de la economía y los trabajadores.

Detrás de estos planteamientos no hay móviles mezquinos sino el genuino deseo de aportar soluciones —mediante un análisis de pro-

<sup>3</sup> *Ibid.*, pp. 144-147.

<sup>4</sup> *Ibid.*, pp. 148-152.

<sup>5</sup> *Ibid.*, pp. 155-156.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 158.

fundo aliento histórico— a una de las peores crisis de la agricultura en todo el siglo 19, particularmente de la industria azucarera, principal sostén de la economía del país.<sup>7</sup> Claro está, Brau no respira el aire enrarecido de la estratósfera sino la densa y cargada atmósfera colonial desde la que opina como un liberal autonomista, crítico de la política española y defensor de la prosperidad de los hacendados, los comerciantes y los profesionales criollos que formaron la base social del Partido Liberal Reformista.<sup>8</sup> Pero en vista de que está en minoría dentro de la clase que representa, truena contra los propietarios retrógados y refractarios al cambio. El —junto a Acosta, McCormick, Stahl y otros que fundaron posteriormente la *Revista de Agricultura, Industria y Comercio*— fueron unos profesionales identificados mayormente con los intereses de los hacendados y actuaron como la conciencia ilustrada de una clase propietaria aplastada por la costumbre, la dependencia de los países industrializados y los precios bajos en los mercados internacionales.

### *Las necesidades ilustradas*

Para salir de esa crisis Brau aboga por el mejoramiento cultural y material de los jornaleros como un medio para aumentar su productividad y su asiduidad en el mercado de trabajo. Por tal razón, critica a los propietarios que insisten en reglamentos que persigan la vagancia en vez de pedir la instrucción de los desheredados.<sup>9</sup> En específico, Brau exhorta a los hacendados a que fomenten entre los campesinos las asociaciones cooperativas y la educación: la falta de respeto a la propiedad por parte de los trabajadores y la inestabilidad en sus contratos y ajustes de servicio serán superados —confía Brau— por “las influencias de una educación bien administrada”.<sup>10</sup> Esta no es la conclusión de un historiador agazapado de la sociedad circundante sino de un intelectual bañado de presente que reitera a la altura de 1882 unas soluciones consonantes con las preocupaciones de los propietarios expresadas

---

<sup>7</sup> Cf. Andrés Ramos Mattei, *La hacienda azucarera. Su crecimiento y crisis en Puerto Rico (siglo XIX)*, San Juan de Puerto Rico: CEREP, 1981.

<sup>8</sup> Al respecto véase el análisis original de Dulce María Tirado, *Las raíces sociales del liberalismo criollo: el Partido Liberal Reformista*, Universidad de Puerto Rico, tesis mecanografiada, 1981.

<sup>9</sup> Brau, *op. cit.*, pp. 175-176.

<sup>10</sup> *Ibid.*, pp. 161-162.

durante las dos décadas anteriores.

La creencia de que la educación pondría fin a la asistencia intermitente de los jornaleros a los trabajos en las haciendas data de principios del siglo XIX, pero fue reiterada en 1863 cuando en las páginas de *El Fomento de Puerto Rico* se expuso la necesidad de "propagar en esta Isla la educación popular". Para lograrlo, el periódico señaló que era necesario obligar a que residieran en los pueblos los trabajadores que vivían dispersos en el campo y que no tenían dinero para enviar a sus hijos a estudiar a las escuelas urbanas. El artículo no giraba en torno a los problemas educativos del país sino a la falta de mano de obra y se tituló "Brazos para el trabajo". Por lo tanto, la educación no era más que un medio para lograr que "reunidos los brazos en poblaciones, contraerían el trato que ilustrando obliga a conservar la armonía de vecindad; facilitaría al hacendado la adquisición de los que necesitara para sus faenas campesinas..." Además, le daría a las autoridades "los medios de... inclinar al trabajo al desidiioso, o proporcionarlo al laborioso que no lo encontrara". De esta manera, concluía el artículo, se alentaría a trabajar a "los envidiosos en el dulce hacer nada".<sup>11</sup>

La convicción de que la educación fomentaría entre los trabajadores nuevas necesidades, cuya satisfacción los obligaría a trabajar más, fue retomada diez años después en las páginas de *La Razón*, tal vez el periódico liberal más importante de la época. En un artículo titulado "El trabajo" se sugirió, entre otras cosas, que para fomentar necesidades se debía propagar la instrucción pues para que la mente del trabajador pueda "apreciar el valor de esas necesidades es preciso despertarla, hacer llegar hasta ella la luz".<sup>12</sup>

No es casualidad que este artículo se publicara en 1873, año en que se inauguró la primera central azucarera moderna, punto de partida de una revolución técnica en el azúcar que exigía extender la superficie cultivada de caña y grandes contingentes de trabajadores. Esto, junto a la abolición de la esclavitud y del trabajo servil, resucitó la vieja polémica sobre la falta de brazos, principalmente en la industria azucarera. Un tal Luis Engel resumió más concretamente el problema en un artículo titulado "Estudios sobre la industria sacarina en Puerto Rico".<sup>13</sup> El autor calculaba que en Puerto Rico había cerca de 129,000

<sup>11</sup> *El Fomento de Puerto Rico*, agosto-diciembre, 1863, pp. 13-14.

<sup>12</sup> *La Razón*, 15 de noviembre de 1873.

<sup>13</sup> *Ibid.*, 25 de marzo de 1873.



trabajadores agrícolas pero la industria azucarera no necesitaba más de 31,000 durante la época de zafra. Si se comparaba esa cifra con el total de la población, en las haciendas de caña sólo trabajaban 5 obreros por cada 100 habitantes, cuatro días por semana. Así, Engel concluyó que en Puerto Rico "lo que falta no son brazos, pero sí los trabajadores".

Al analizar las causas de esta anomalía el autor señaló que la principal era la clemencia del tiempo y la riqueza del suelo que fomentaban la indolencia del campesino. En vista de que ésta se sumaba al analfabetismo rampante, Engel abogó —al igual que los autores anteriores— por la "instrucción de las masas":

Para resolver la fórmula que resume las aspiraciones de nuestro siglo ..., *luz, moralidad y bienestar*, se necesita hacer subir las capas inferiores sin rebajar las cimas... a proporción que se esparce la luz, la moralidad se purifica, se establece el bienestar y se efectúa la transformación de la sociedad". (El subrayado es de Engel).

Al trazar la correspondencia del enfoque de Brau con los intereses de los propietarios no buscamos exhumar los fantasmas de la objetividad y la imparcialidad que irrumpen frecuentemente en las páginas de los manuales de teoría de la historia porque creemos que son falsos problemas. Es ilusorio pensar que la realidad de los jornaleros del siglo 19 aparece completa e inmaculada en las páginas de Salvador Brau, o en las más recientes de Fernando Picó,<sup>14</sup> porque siempre sufre una refracción en la mente de ambos historiadores. No es el pasado a secas lo reproducido en *Las clases jornaleras...* sino el pasado cercano y lejano visto y filtrado por la mente de Brau. Si éste no es idéntico al mostrado por Picó, casi un siglo después, no es porque las gafas de Brau estaban empañadas sino porque los intereses, la formación, y el mundo que le ha tocado vivir al segundo lo lleva a plantearle a los documentos unas preocupaciones ajenas a las del primero.

Las obras de historiadores de diferentes generaciones son el resultado de subjetividades contrastantes, de formas peculiares de acercar el lente a una misma realidad. Pero si alguien alegara que Brau es un liliputiense ante Picó porque no aplica la misma metodología ni llega a las mismas conclusiones, ignoraría la naturaleza acumulativa del cono-

---

<sup>14</sup> Fernando Picó, *Libertad y servidumbre en el Puerto Rico del siglo XIX*, Puerto Rico: Ediciones Huracán, 1979.

cimiento histórico. Ninguna generación puede reclamar el dominio absoluto de la realidad pasada y presente porque ésta es tan rica y compleja que escapa al vidrio más potente. Por eso nos parece ahistórico hacer distinciones mecánicas y despectivas entre la "nueva" y la "vieja" historia como si fueran polos opuestos en vez de etapas de un mismo proceso. La "nueva" historia no nace de la nada: es, en verdad, la continuación de una modesta y seria tradición, un relevo más en el largo y duro esfuerzo de explicar los distintos presentes vividos por los historiadores de cada generación. Si los historiadores de hoy pueden ver más lejos que los de ayer es porque descansan sobre los altos y sólidos hombros de Acosta, Tapia, Brau, Coll y Toste y otros más cercanos. En sus obras encontramos muchas aportaciones originales de las que se nutre —consciente o inconscientemente— la historiografía reciente y sus vidas son ejemplos impresionantes de tenacidad en la adversidad. Sin apoyo oficial (pero con sus frecuentes trabas), sin escuelas profesionales donde hacer estudios avanzados en la disciplina, sin archivos y sin el estímulo de un amplio círculo de lectores, es sorprendente el saldo favorable de sus investigaciones.

Los que vinieron después gozaron de mejor suerte que Brau y lograron formarse en las universidades extranjeras y consultar los archivos españoles más importantes. Aún así no contaron con el Archivo General de Puerto Rico, organizado más recientemente y cuyo caudal documental ha estimulado y facilitado las investigaciones originales de la última década. Esta limitación —alimentada en algunos historiadores por la noción de que la historia colonial era fundamentalmente unidireccional— explica en cierta medida que varias de sus obras dieran una visión desde afuera, a veces metropolitana, de nuestra historia.

Por otro lado, no les tocó vivir la renovación teórica y metodológica de la ciencia histórica, con su énfasis en lo económico y lo social y cuyas primeras reverberaciones tocaron nuestras playas a fines de los sesentas. Como herederos de una larga y seria tradición —en la que pesaba mucho el interés por destacar las ejecutorias de los que presidieron los "grandes" acontecimientos históricos o por explorar la historia diplomática, la historia de las ideas y de las estructuras políticas y administrativas— algunos centraron sus esfuerzos en los aspectos legales e institucionales de los organismos y mecanismos de la sociedad criolla y de la dominación colonial española. Así, dieron una visión desde arriba, unidimensional, de una realidad que los historiadores de hoy intentan redondear incorporando a la escena al resto de la compa-

ñaía, a los que con su trabajo han soportado el curso errático de nuestra historia.

Pero aclaremos, no es que en sus obras se silencie lo económico y lo social y se olviden los jornaleros y los proletarios: es que estos factores no forman un todo orgánico sino un conjunto abigarrado. Es decir, no aparece un vínculo necesario entre lo económico y lo político, entre lo social y lo cultural, como partes inseparables de un sistema en el que prevalecen unos intereses y unos grupos a expensas de otros. Sin embargo, el reconocimiento de estas discrepancias no desmerece, por ejemplo, el riguroso análisis de las ideas ilustradas aportado por Isabel Gutiérrez del Arroyo; la dimensión antillana de un pedazo de nuestra historia reconstruida cuidadosamente por Arturo Morales Carrión, y el primer trabajo de envergadura sobre la esclavitud escrito por Luis M. Díaz Soler. Es indudable que sus obras adelantaron el conocimiento de nuestro pasado y sugirieron nuevas pistas de investigaciones futuras.

Ahora bien, los historiadores no son garzas divinas intocables, inalcanzables por la crítica legítima. De ninguna manera: las obras históricas innovadoras son profundamente críticas en la medida en que se apartan de lo trillado, superan el conocimiento vigente y nos muestran bajo una luz más clara las arrugas oscuras de unos problemas. Pero la ruptura con las interpretaciones anteriores no implica la negación de su importancia y el reconocimiento de nuestra larga deuda con sus autores. Basta recordar el ejemplo de Carlos Marx que criticó y superó la economía política inglesa, el idealismo alemán y el socialismo utópico francés pero a la vez reconoció su profunda obligación con estas corrientes, sin las que el marxismo es inexplicable.

En otras palabras, sería caricaturesco empeñarnos en hacer historia al estilo de Salvador Brau un siglo después pero no es justo que ignoremos sus importantes contribuciones. En primer lugar, porque el ensayo de Brau es un admirable modelo de historia inmediata. Contrario a muchos historiadores que no estudian la historia del siglo en que viven porque compromete la mítica y acomodaticia objetividad, investigó los males de su época a la luz del pasado inclemente. Por otra parte, descubrió con gran acierto el vínculo entre el desarrollo azucarero, la esclavitud y el régimen de la libreta, a la vez que analizó varios aspectos de la sociedad campesina que los investigadores recientes han confirmado con mayor acopio de fuentes.

Por último, Brau demuestra que la preocupación por la suerte de los trabajadores no es una novedad en nuestra historiografía. Claro

está, no aceptamos el paternalismo que permea su trabajo, particularmente su convicción de que el trabajador es dócil y que "falta sólo saberle dirigir", tarea que le asigna a los terratenientes:

...la verdadera, la única fuerza motriz de todo ese mecanismo, quien le dé vida, quien lo defienda, defendiendo con ello sus propios intereses, tiene que ser la respetable clase de propietarios en general, y muy especialmente los hacendados, fomentando asociaciones cooperativas de obreros bajo su vigilancia y sabia protección.<sup>15</sup>

Bien, Brau no era socialista pero tampoco lo fue Betances y no por eso invalidamos sus aciertos. Sin embargo, no era insensible a los padecimientos de los humildes: fue humano y altruista con las limitaciones de su época y de su clase. Estaba convencido de que los intereses de los propietarios y los trabajadores eran armonizables y que el progreso de los primeros produciría la felicidad de los segundos. La historia posterior mostró su equivocación.

Pero Brau no fue una excepción: Alejandro Tapia, otro liberal prominente de la época, se acercó más al meollo del problema cuando reconoció que existía un contraste entre los que trabajan y los propietarios ociosos, y que el sudor de los trabajadores engendraba la opulencia del hacendado. Sin embargo, en vez de sugerir una solución que cambiara esa relación desigual, el liberal criollo exhortó a los jornaleros a que continuaran trabajando porque "el trabajo es gran consuelo"; además, les sugirió que no se desanimaran porque el trabajador, contrario al rico, tenía una vida familiar más sana y tranquila.<sup>16</sup> En este caso la premisa es correcta pero la conclusión es desacertada porque la resignación sólo ha servido para perpetuar la desigualdad y la injusticia; pero es muy explicable en Tapia, un convencido de que "... la verdadera grandeza humana no está en la condición social sino en el carácter".<sup>17</sup> Con todas sus limitaciones, el humanismo de Tapia —como el de Brau— fue un paso de avance en aquella sociedad endurecida por la esclavitud y el trabajo servil.

\* \* \*

---

<sup>15</sup> Brau, *op. cit.*, pp. 181-182.

<sup>16</sup> *La Azucena*, 10 de diciembre de 1870.

<sup>17</sup> *Ibid.*, 31 de enero de 1871.

*Una palabra domina e ilumina nuestros estudios: "comprender". No digamos que el buen historiador está por encima de las pasiones; cuando menos tiene ésa. No ocultemos que es una palabra cargada de dificultades, pero también de esperanzas.*

—Marc Bloch

Este largo rodeo no persigue la absolución de Brau: explicar no es perdonar sino comprender. Sólo hemos querido mostrar que en la elaboración del ensayo histórico pesan decisivamente factores ideológicos que parecen independientes de la documentación a la mano. Pero esa autonomía es ficticia porque en el análisis concreto la evidencia se funde a los valores sociales y culturales del historiador y ambos se confunden en las conclusiones. Si discrepamos de Brau no es necesariamente porque nuestra información es distinta sino porque tomamos partido con los jornaleros explotados. Pero como "los oprimidos están amasados con el mismo barro de sus opresores" estamos obligados a colocarnos en la perspectiva de los hacendados cuyas aspiraciones refleja Brau. En vez de empecinarnos en rastrear inútilmente las debilidades morales y mentales del autor, buscamos la clave de su pensamiento en el contexto social, material y espiritual que lo moldeó y que él, insatisfecho, deseaba reformar.

Por otro lado, el replanteamiento de algunos aspectos de la naturaleza y los extremos de la crítica histórica, es la secuela de una persistente y vieja discusión con aquéllos que al criticar hacen tabla rasa del pasado y proclaman arrogantemente su ilusorio monopolio del conocimiento y del último grito de la teoría y la metodología histórica. A éstos no les pedimos que rehuyan el deber insoslayable de criticar implacablemente las deformaciones y las mistificaciones del pasado y del presente: sólo deseamos que lo hagan con sentido histórico y con la humildad radical del auténtico historiador o del tabaquero y maestro de primeras letras Rafael Cordero, cuyas palabras son el mejor lema de todas las generaciones de historiadores empeñados en la interminable búsqueda del conocimiento: "Yo tumbo el árbol y lo descortezo; manos más hábiles se encargarán de labrar la madera y darle barniz".